



Cómo ser mujer

Caitlin Moran



VIVIAM UNÁS CAMELO

“Cómo ser mujer” podría definirse como un ensayo autobiográfico. Un ensayo frívolo, deliciosamente escrito, que con seguridad no obtendría la aprobación de la academia más ortodoxa. Y, sin embargo, se trata de un ensayo en el significado radical de la palabra: Caitlin Moran pone a prueba, *ensaya*, risueña y en ocasiones indignada, sus apuestas feministas. Las triviales, las profundas.

Ya antes Moran nos había sorprendido con su novela autobiográfica “Cómo se hace una chica”, en la que narra sus aventuras como una adolescente con sobrepeso en la Inglaterra de los 90. “Cómo ser mujer”, en cambio, se centra en sus experiencias más adultas y, por ello mismo, en las menos heroicas. Ya no estamos ante la precoz muchachita que dejó la escuela para hacerse escritora de *The Observer*. La Moran de este libro es una mujer en

sus 30, que desprecia el feminismo políticamente correcto, defiende la contratación de mujeres para el servicio doméstico –“Si una mujer de clase media se compromete en una causa antifeminista al contratar a alguien para que le haga la limpieza, ¿debemos considerar que un hombre de clase media está apoyando la opresión de clases al contratar a un fontanero?”– y, pese a su estatuto de madre y mujer debidamente casada, desdeña de lo uno y de lo otro. Sobre ser madre dirá que se trata de “un compromiso mínimo de dieciocho años a tiempo completo, más otros cuarenta años de preocupación a tiempo parcial”. Y sobre la obsesión femenina con las bodas, asegura: “Cuando oigo que una mujer dice que el día de su boda va a ser/fue el mejor de su vida, no puedo evitar pensar “no has tomado suficiente éxtasis en un prado a las tres de la mañana””.

De fondo se trata de un libro que –en ritmo Cosmopolitan, pero con brillantes destellos poéticos– enfrenta las tensiones en apariencia más banales de ser mujer, madre, burguesa, feminista. La Moran elude los dilemas intersectoriales que tanto nos desvelan a las científicas sociales hoy en día. Su libro no dice nada de las mujeres negras, de las mujeres pobres. Nos habla, en cambio, de la depilación (“nos están obligando a pagar por el cuidado y mantenimiento de nuestra entepierna como si se tratara de un jardín de la comunidad. Es un impuesto oculto. El IVA del coño”), los tacones (“Sólo hay diez personas en el mundo, increíbles, que deberían realmente llevar tacones. Y seis de ellas son drag Queens”), sus pechos (“A mis 35 años mis pechos son todavía como melocotones. Pero la clase de melocotones que se encuentran en el fondo de un bolso (...) el tipo de melocotón que mirarías con reservas en el supermercado”). Reflexiona también sobre la pornografía, Lady Gaga, los techos de cristal, la comida y en un capítulo conmovedor, sobre el aborto. Sus abortos. Porque todo el tiempo habla de sí. Desde sí. Y he ahí donde residen los principales afectos o rechazos que puede recibir su libro. Yo me quedo con los primeros. Como lectora, apreció su desenvoltura, sus soluciones contradictorias a un feminismo “real”, como dirían los marxistas, que se hace de decisiones cotidianas frente al sexo, la estética del cuerpo, las compras en el supermercado.

La Moran no resulta provocadora. Sin dudas lo son más Judith Butler o Paul B. Preciado. En contraste, Caitlin Moran divierte, hace reír y riendo descubre una que hay algo extraordinariamente rockero y chispeante en hacerse una “feminista exaltada”. No es un libro que recomendaría a alguien que piensa hacer su tesis en perspectiva de género. Pero, en cambio, se lo daría a leer a las hijas de todas mis amigas, y se lo daré a leer a mi hijo en su momento, porque espero que logre entender, que entiendan, que esto de ser feministas sólo tiene sentido si estamos dispuestas a hacer del mundo una fiesta, como invita Caitlin Moran: una fiesta sin patriarcados, en el que las mujeres puedan bailar como les venga en gana y elegir, libre y dichosamente, la banda sonora de sus vidas.

Vivian Unás Camelo

Profesora tiempo completo, de la Universidad Icesi.
Si volviera a vivir pediría que la juntaran con la
misma gente (bueno, casi, casi con la misma gente).